



CAPÍTULO V.

EL RELICARIO.

SIEMPRE será un misterio impenetrable ese último pensamiento que el moribundo se lleva al pasar de esta vida á la otra. Algo queda por decir en ese momento solemne, que la muerte impide que se diga. En vano se ha pretendido encontrar en los yertos ojos del cadáver la última imagen que se ha reflejado en ellos. Inútilmente se interroga á la muerta expresión del rostro inanimado, buscando el rastro del último pensamiento que ha pasado por el alma del que acaba de morir. El arcano es siempre impenetrable, porque si la vida es así, frívola, ligera, inconstante, que á lo mejor nos vuelve la espalda, dejándonos con la pa-

labra en la boca, la muerte, mil veces más sería que la vida, guarda acerca del secreto del último instante eterna reserva.

Este punto psicológico, digámoslo así, se ventilaba en la cocina de la casa de Cañizares entre la gente de escalera abajo. La vieja Marta, antigua cocinera de la Pacheca, jubilada ya en razón de su edad y sus achaques; Prisca, cocinera á la sazón, sin rival en el arroz con pollo y en el jamón frito con tomate; la Gila, niñera y moza de trabajo, de cara mofletuda y carnes apretadas, dispuesta siempre lo mismo para un fregado que para un barrido; el tío Ginés, mayoral de la casa, cachazudo como un poste, fiel como un perro, duro como la piedra; y, en fin, el mozo de mulas conocido por *Chucho* en toda la comarca por su habilidad en imitar el ladrido de los perros, discurrían de esta manera:

—¡ Lástima de ama !.... (exclamaba Marta.)
¡ Más buena que el pan!

—¡ Toma ! (añadía el tío Ginés arqueando las cejas.) Como que era la madre de los pobres.

—Ya se ve que sí (decía Prisca). Y no hay quien me quite de la cabeza que algo se ha llevado al otro mundo entre pecho y espalda.

Gila confirmaba el parecer de la cocinera, diciendo:

—Yo no le quité ojo, y no se me olvidará

mientras viva la cara que puso después de muerta.... ¡ Qué dolor tan grande!

Chucho echaba también su cuarto á espadas, y decía, rascándose la cabeza con las dos manos:

—Cuando se murió la *Valerosa*, que en paz descansa, partía el alma verla. Se le iban los ojos detrás del pienso de la yegua, y miraba como una persona al rincón de la cuadra donde están los collerones. No le faltaba más que lengua para decir: «¡ Válgame Dios! ¡ ya no tiraré yo más del carro!»

Aquí el mayoral dejó caer su sentencia favorita:

—Los animales (dijo), mejorando lo presente, son también de carne y hueso.

—Ese es mi tema, tío Ginés (añadió *Chucho*.) Si los animales hablaran como los cristianos, no se hubiera ido la *Valerosa* á la otra banda sin decirle á alma viviente sus sentimientos.

—¡ No seas bestia, *Chucho*! (gritó Marta.) Los demonios tienes en el cuerpo sacando á relucir á la *Valerosa* cuando hablamos de la muerte del ama.

—Él se explica (advirtió Gila); y si yerra....

Prisca la interrumpió con estas palabras:

—Ya salió la defensora. Dejadla, que ella le dará un cuarto alregonero.

—Tío Ginés (dijo *Chucho*); sea V. testigo de

que yo no quise agraviar á ninguna de las difuntas que pudren tierra.

—Bueno (contestó el tío Ginés). El vivo en su casa, y el muerto en la sepultura; pero el ama se fué al otro barrio llevándose algo en el buche. Yo también tengo eso entre ceja y ceja. Ahí está la cara de la difunta que no me dejará mentir. No se reía del mundo como hacen los muertos en cuanto cierran el ojo. Yo la vi cuando la llevamos al camposanto, y decía con la cabeza *no, no, no*. Su boca no chistaba, porque la procesión iba por dentro.

Chucho oía al tío Ginés con ojos atónitos, y cuando acabó, dejó escapar un gruñido que hizo erizar el lomo de los gatos que andaban merodeando por la cocina. Ese gruñido era la expresión de su entusiasmo: quería decir en el lenguaje de los perros: «¡Oh, cuánto sabe!» Prisca metió su cucharada, diciendo filosóficamente:

—Sí, tío Ginés; los difuntos hablan también después de muertos, aunque sea mala comparación, como las personas; solamente que hay que estudiar con el diablo para entenderlos.

—No tanto (replicó el mayoral). El demonio es el padre de la mentira, y el que estudie con él, nunca irá á derechas. Á más que cuando Dios quiere, con todos los aires llueve. El ama

se murió: ¡Dios la tenga en su gloria y por allá nos espere muchos años! En vida no se mordía la lengua, porque llevaba siempre el corazón en la boca.... Pues.... vino la nieta, y le cogió el pan debajo del brazo, y ahí está el *butilis*.

—¿Qué *butilis*?—preguntó Marta con cierta mezcla de curiosidad, de interés y de asombro.

—¡Toma! (contestó el tío Ginés). Vengo de la viña: si aciertas lo que traigo, te doy un racimo. ¡Qué *butilis* ha de ser, tía Marta! El *butilis* de la cosa.

—No hable en latín (dijo Prisca, torciendo la boca), porque nos vamos á quedar en ayunas.

Aquí el mayoral no pudo contener la sonrisa de suficiencia satisfecha que hormigueaba en sus labios. Ni la vieja Marta con su experiencia, ni Prisca con su malicia, ni Gila que canta en la mano, ni *Chucho* que interpreta á los animales, lo entendían. ¿Qué más pudiera apetecer la vanidad de su entendimiento? ¿Acaso no consiste en la ignorancia del vulgo el triunfo de muchos filósofos y el éxito de muchos sabios? En realidad, ¿no es lo que más se aplaude aquello que menos se entiende?

No era el tío Ginés hombre del todo indiferente á la satisfacción de las glorias humanas, pues si bien estaba seguro de no haber sido el

que inventó la pólvora, allá en los estrechos límites de la comarca, entre las gentes sencillas del campo, aspiraba buenamente á pasar por hombre que veía crecer la hierba.

—Vamos (dijo, después de saborear la curiosa expectación de su auditorio). No se necesita mucho *pesquis* para ponerse al cabo de la calle. Se murió la difunta; yo mismo ayudé á meterla en la sepultura con estas manos que se ha de comer la tierra; pero entre unas y otras se nos fué sin hacer testamento.

—¿Qué testamento?—preguntó Marta.

El tío Ginés la miró, asombrado de tanta ignorancia, y le contestó al golpe:

—Testamento es el papel que hace el escribano, donde el difunto dice esto quiero, esto no quiero.

—¡Y bien! ¡Qué!...—insistió Marta.

—Que como no hubo testamento, porque al ama se le quedó en el tintero, la nieta ha perdido de una mano á otra la mejora del tercio y quinto; y ahí está con sus pelos y señales lo que la muerta se llevó al otro mundo, sin poder decir esta boca es mía, porque cuando pensó en ello, la boca del ama estaba ya con los difuntos. Por eso iba diciendopor el camino: «No, no, no...; otra me queda dentro.»

La tía Marta se limpió los ojos con la punta

del pañuelo de luto que cubría su cabeza, y dando al aire un gran suspiro, dijo:

—Tío Ginés, está V. en babia.

—Puede (replicó el mayoral), que de menos nos hizo Dios; pero si la muerta no le dijo á V. al oído lo que le escarabajaba en sus adentros, lo que yo digo está bien dicho.

Marta hizo un movimiento de impaciencia, pues á pesar de los años y los achaques conservaba la viveza de su genio pronto; y su fisonomía, triste por el luto del ama y arrugada ya por sesenta navidades, no había perdido las líneas expresivas que daban á sus gestos poderosa elocuencia. En el momento en que estamos tomó el misterioso aspecto de las grandes revelaciones. Sin duda alguna iba á confundir al Mayoral con razones nunca oídas. Algo sabía; pero se contuvo, reprimió el primer impulso, bajó los ojos, y no pronunció ni una palabra.

—Hable V., tía Marta (le dijo Prisca), para que el tío Ginés, que todo lo escarba, sepa que aquí no comulgamos con ruedas de molino.

—No hablaré (le contestó). No quiero hablar. Los secretos de los muertos no son de este pícaro mundo, y nadie debe meterse en averiguar la vida de los que cubre la tierra. Así como así, hace más de cuarenta años que como el pan de la casa, y no dirá la santa que está en el

hoyo que se le han ido los pies á la lengua de la tía Marta. Lo que hay, Dios lo sabe.

La sonrisa burlona del Mayoral daba á entender bien á las claras que ponía muy en cuarentena las palabras de la tía Marta. Entonces ella, por un movimiento que no pudo contener, se llevó la mano al pecho, é introduciéndola profundamente por debajo del pañuelo, sacó un relicario que pendía de su cuello por medio de un cordón de seda, y presentándolo en la palma de la mano, dijo :

—Aquí está el secreto. Aquí hay todo lo que Dios ha querido que haya. De aquí puede salir la voz de la difunta el día menos pensado.

El relicario, de forma ovalada, no ofrecía mayor diámetro que el de medio duro; era de plata sobredorada, y detrás del cristal que cubría una de las caras se veía una pequeña cruz de ébano.

Todos eran ojos : Prisca lo contemplaba con curiosidad, Gila con sorpresa, el Mayoral con calma, *Chucho* con asombro.

Este último no pudo reprimir los impulsos de su admiración, y alargó la mano para cogerlo.

—¡No lo toques!—le gritó la tía Marta.

Y el pobre muchacho, aturdido por la vehemencia de aquel mandato, retiró el brazo con la misma precipitación que si hubiese ido á tocar la cabeza de una serpiente.

—Bien (dijo Prisca). Es un relicario; pero ¿qué quiere decir ese relicario?

—¿No lo has oído? (le replicó Gila.) Hace hablar á los muertos.

—Sí (afirmó Marta) : este relicario puede hacer que algún día hable la difunta.

Chucho miró al tío Ginés fijamente, como quien consulta un libro; pero el tío Ginés tenía la boca fruncida, reflexionaba, y no se reía.

Realmente el caso era digno de la expectación que causaba. La tía Marta habría sido alegre en su juventud, porque los pocos años son siempre alegres, y aún conservaba la fama de haber cantado como una calandria, y en cuanto á bailar, ninguna moza de su tiempo pudo ponerle la ceniza en la frente; los mozos se perdían por bailar con ella, porque se zaran-deaba con toda la sal del mundo, y las castañuelas en sus manos sonaban á gloria, y aquel repiqueteo era como tocar á rebato.

Pero todo había pasado como un torbellino, y á los cuarenta años la tía Marta no movía los pies más que para andar, ni cantaba más que á sus solas en los quehaceres de la cocina. Á los sesenta era una mujer seria, verdaderamente seria; su formalidad estaba reconocida por todo el pueblo. Jamás mentía, y en este punto tenía muy bien sentada la baza, pues era

público y notorio que no se había casado con un buen partido, siendo ya talluda, por no mentir. Tampoco le faltaba entendimiento para poner las cosas en su punto, y no le estorbaba lo negro, porque sabía leer y aun escribir, lo cual para las mozas del pueblo no tenía gracia ninguna, en razón á que era hija de un maestro de escuela, que murió á lo mejor, dejándola huérfana.

El relicario brillaba en la palma de su mano, atrayendo las miradas atónitas de los cuatro personajes que ya conocemos, y cada uno se hacía cruces interiormente, sin acertar á explicarse la razón de aquel prodigio.

El tío Ginés fué el primero que rompió el silencio. Antes se rascó la oreja derecha, tosió después para aclarar la voz de suyo algo parda, se limpió luego la boca con el revés de la mano, y por último arqueó las cejas, diciendo :

—Si no se me ha traspuesto la memoria, ese relicario lo he visto yo puesto al cuello de la difunta cuando estaba de cuerpo presente.

—Júrelo V., tío Ginés (dijo Marta), porque yo misma, con estas manos que Dios me conserve, se lo puse antes de espirar para descanso de su alma.

Gila exclamó santiguándose :

—¡Y la enterraron con el relicario puesto!

—No (contestó Marta). Volvió á mis manos antes de que el ama fuese enterrada.

—¿Cómo?—preguntó Prisca.

—Yo misma (le dijo) lo saqué del cuello de la difunta y lo guardé en mi pecho.

En esta especie de interrogatorio le tocó su vez al mayoral, y preguntó, diciendo :

—Bueno, tía Marta; V. le puso el relicario y V. se lo quitó. Para ese viaje no se necesitan alforjas. Pero hablemos á palmos: si era del ama, ¿por qué lo guarda V. ahora como cosa suya?

Un relámpago de cólera pasó por los ojos de Marta, relámpago pasajero, puesto que el rayo pronto á estallar se detuvo en su boca.

—Lo guardo (dijo tranquilamente, ocultando de nuevo el relicario en su pecho), porque así me lo encargó la difunta.

—¡La muerta!....—exclamó *Chucho* en el colmo del espanto.

—¿Y para qué (insistió Prisca) le hizo á V. ese encargo el ama difunta?

—Ese es el secreto que quisierais saber para ir por toda la vecindad con conversaciones de puerta de calle, echando las campanas á vuelo; pero dais en piedra, porque la hija de mi madre se arrancará la lengua antes de que se le escape una palabra : mi boca será una sepultura.

La conversación que estamos oyendo se ha-

:

bía entablado de sobremesa entre los personajes que intervienen en ella. Todavía, sin embargo, las manos de *Chucho* y de Gila no dejaban la ida por la venida, picando, ya en las aceitunas partidas, ya en los higos secos, ya en las almendras mollares tostadas en el horno de la casa, que eran los postres de la comida durante el invierno. Luego que la tía Marta pronunció las palabras que le hemos oído, cruzó las manos sobre la mesa, rezó la oración de gracias, y aplicó un Padre nuestro por el eterno descanso del ama difunta.

Al tío Ginés, á pesar de su calma, no se le cocía el pan con aquel embrollo del relicario; no sabía á qué carta quedarse, y se le hacía la masa vinagre por coger aunque no fuese más que un hilo de aquel enredo.

—Tía Marta (dijo); eso está muy bien; en boca cerrada no entran moscas; pero nadie lleva la vida en la faja, y cuando menos uno se piensa, cate V. á Periquillo hecho fraile. Su Divina Majestad puede enviarle á V. un *torozón* que se la lleve á mejor vida sin poder decir ¡Jesús me valga! Y entonces, ¿qué nos hacemos aquí con el relicario?

Los ojos de la tía Marta, pardos y grandes, se iluminaron con resplandor repentino; dió á su semblante toda la expresión de su natural

energía; y poniéndose de pie, dijo con voz segura, con la voz del más íntimo convencimiento:

—No, tío Ginés, no. Mientras yo lleve sobre mi corazón el secreto que guarda este relicario, no puedo morir, y no moriré.

Dicho esto, abandonó la mesa; y erguida y con paso firme, como si de pronto hubiese adquirido la juventud pasada y la salud perdida, salió de la cocina, dejándolos con la boca abierta.

Prisca se encogió de hombros, arrimó á la pared la mesa en que habían comido, guardando en el cajón el pan y los postres que quedaban sobre el mantel. Después acudió á soplar la lumbrera del fogón, porque era ya más de media tarde, y detrás de la comida venía la cena. Interiormente exclamaba:

—¡Un relicario!.... ¡Y de oro!....

Á Gila le tocaba barrer la cocina y fregar los platos; y absorta en esta faena, se preguntaba á sí misma muchas veces:

—¿Qué demonios habrá dentro de ese bendito relicario?

Por lo que hace al tío Ginés, tomó la puerta que daba al parador, pensando en lo mismo y sacando por consecuencia de sus razonamientos estas dos conclusiones:

—Ó el relicario es una brujería, ó la tía Marta se ha vuelto loca.

Pero el mayor asombro donde se encontraba era en la cabeza de *Chucho*. No habiendo en ella capacidad para contener más de una imagen, la del relicario llenaba todo su entendimiento, y repetía una y otra vez el nombre del maravilloso enigma con la terquedad de una idea fija, y con la inutilidad del que golpea una puerta que no quiere abrirse.

Así entró en la cuadra; y encarándose con el macho que había sustituido á la *Valerosa*, le dió una gran palmada en el lomo, gritándole:

—¡Ceja atrás.... relicario!....



CAPÍTULO VI.

LA SOMBRA DE LA DIFUNTA.

SIN duda alguna es cosa muy natural que la madre muera antes que la hija, aunque ocurra con frecuencia todo lo contrario; mas es lo cierto que las cosas más naturales no suelen ser las más consoladoras. Así es que María de la Paz, que no había contado nunca con el privilegio de conservar eternamente sobre la tierra á la madre Cruz, no encontró en su corazón lágrimas bastantes para llorar su muerte. Esta desgracia esperada no fué por eso menos sentida, porque el temor no nos acostumbra á la realidad de lo que tememos, y no hay nadie que al ver morir á una persona que-

rida no crea firmemente que aun tenía días en que vivir. Eso de no tener la muerte plazo fijo, la hará siempre á nuestros ojos intempestiva.

No vaya á creerse que María de la Paz andaba hecha una Magdalena, ostentando á la faz del mundo el desconsuelo de un llanto inagotable. Lloraba, sí, señor; pero lloraba á solas. Escondía sus lágrimas en los rincones de la casa por no afligir el corazón de su marido con el espectáculo continuo de su dolor; más aún: sonreía dulcemente, siempre que venía á cuento, para alegrar (si es posible decirlo así) á los ojos de Martín el luto que oscurecía su alma.

Su pena no era nube de verano que se deshacía en lágrimas y se desvanecía en sollozos; antes bien, era tan justa, tan legítima, tan verdadera, que no la derrochaba malgastándola en lloriqueos inútiles, más propios de la sensibilidad momentáneamente excitada que del sentimiento permanente.

Su dolor era más activo que pasivo, y en la sencilla piedad que formaba el fondo de su alma había encontrado manera de acercarse á su madre, á pesar de la muerte, abriendo entre la madre y la hija estrechas comunicaciones. Aún más: había conseguido hacer vivir á la viuda después de muerta, perpetuando en la memoria de la familia y en el orden de la casa sus gus-

tos, sus costumbres, sus deseos. Sí, la Pacheca vivía después de enterrada.

Á María de la Paz nunca se le habían pegado las sábanas; los primeros rayos del sol la encontraban siempre despierta; pero desde la muerte de su madre, después de trascurridos los nueve días del duelo oficial, se levantaba todas las mañanas antes de amanecer, y envuelta en su manto negro salía de casa, y paso tras paso se encaminaba á la iglesia, cuyas puertas el sacristán soñoliento acababa de abrir bostezando, demasiado temprano para el sueño del sacristán; pero ¡qué había de suceder!: el bolsillo de Cañizares se abría de vez en cuando, y los sacristanes necesitan para vivir, como los demás mortales, hacer por la vida.

No se hacía esperar el sacerdote, y en el altar de la Virgen de la Aurora se decía una misa en sufragio por el alma de la Pacheca, misa que la hija oía entera de rodillas. Este acto piadoso venía á ser una cita con su madre. Allí hablaba con ella, le comunicaba sus inquietudes, le daba cuenta de sus esperanzas, le pedía consejo y reclamaba su auxilio; y sin que ninguna voz humana llegara á su oído, sin que ninguna señal externa hablara á sus ojos, dentro de sí misma, en el fondo tranquilo de su alma sencilla, encontraba respuesta á sus temores, aliento á sus

esperanzas, consejo á sus dudas y auxilio en sus inquietudes; y contento su corazón, bendiciendo al Dios que humilla y ensalza, que aflige y consuela, que castiga y perdona; al Dios de la suprema justicia y de la inmensa misericordia, se volvía á su casa, saliendo á recibirla á las mismas puertas de la iglesia la mañana iluminada con los primeros rayos del sol, el movimiento del pueblo que despertaba y el ruido de la vida.

Siempre que salimos de la iglesia, si hemos meditado, si hemos orado al pie de los altares donde la fe venera al Dios vivo, encontramos el cielo más esplendoroso, la naturaleza más rica, el ambiente más puro, la vida menos triste y las gentes más buenas. Sacamos de allí algo en nuestro corazón que todo lo embellece, que todo lo purifica, que todo lo ama. El templo es la casa de Dios, y por lo tanto el único hospedaje digno del hombre. Cerrados esa puerta augusta por donde el mundo se comunica con la eternidad, y no tendremos refugio á que acogernos en nuestras adversidades, en nuestros desconuelos, en nuestras tribulaciones, ni en nuestros triunfos, ni en nuestras alegrías.

María de la Paz entraba en su casa con el alma tranquila; y los quehaceres domésticos distraían su ánimo y dulcificaban su tristeza, pues jamás

hizo de las penas excusa de los deberes. Lo primero que encontraba era á Nona, vestida de luto, con su boca risueña y sus ojos alegres, que le salía al encuentro presentando la cara, como el pobre la mano, esperando la limosna de un beso. María de la Paz la besaba, y seguía adelante. Aurora estaba aún en la cama; dormía, y nadie se hubiera atrevido á despertarla: ese era encargo de su madre. ¡Cuántas veces ésta se detenía delante de la cama de su hija, contemplando envanecida la singular belleza de su rostro! ¡Cuántas veces retrocedía silenciosa por no interrumpir su sueño! Pero no entraba en sus costumbres semejante condescendencia. Recordaba entonces que su madre la obligaba á madrugar desde muy pequeña, y volvía á acercarse á la cama con firme propósito de despertarla.

Un beso estampado en la frente de la niña dormida y un «hija mía» pronunciado con blanda dulzura, eran los medios que adoptaba la severidad de la madre para sacar á la hija de la pereza del sueño. Aurora abría sus ojos negros, grandes y hermosos, echando á su alrededor esa mirada de disgusto y de fastidio con que miramos al que nos despierta en lo mejor de nuestro sueño; después dejaba caer los párpados, coronados de largas, negras y espesas pestañas.

—Vamos, hija (le decía María de la Paz).

Ya es tarde, y hace un día muy hermoso : las flores de las macetas preguntan por ti ; los pájaros te llaman desde el amanecer, y no sabes cuántas mariposas vuelan por la terraza.

La niña fruncía el gracioso entrecejo, se restregaba los ojos con impaciencia, y bostezaba. Quería decir sencillamente :

—¡Ay, qué impertinencia!....

Entonces María de la Paz acercaba á la cama las prendas del vestido de Aurora, y ella misma empezaba á vestirla : los caprichos de la hija ponían á prueba la paciencia de la madre: «Esas medias no ; quiero las otras.» «Esos zapatos son viejos, no me gustan, no me los pongo.» «El pañuelo de algodón es feo ; yo quiero el pañuelo de seda.» La madre no oponía resistencia ; había de ceder ; ¿á que resistirse? ¡Era tan hermosa!.... ; además, ¡estaba tan profundamente dormida!.... ¡Ya se ve! ¿Qué niño no tiene caprichos?....

Entre tanto Nona había hecho su habitual residencia de la habitación de la abuela. Estaba el sillón de vaqueta cerca del balcón, en el mismo sitio en que se hallaba cuando espiró la madre Cruz. La urna del niño Jesús, colocada sobre la cómoda, se veía adornada con flores frescas, renovadas todos los días, porque allí la naturaleza da flores todo el año sin auxilio de estufas ni de

invernaderos. La cama se encontraba hecha, intacta, y por debajo de la guarnición blanca y plorada que adornaba la cubierta de percal azul adamascada, asomaban los zapatos de *orillo* de la difunta Pacheca. El cuadro de los Dolores en que el corazón de la Virgen se ve atravesado por siete espadas, se destacaba sobre la pared ; á su pie la mesa de nogal que desde muy antiguo servía de altar al cuadro, y sobre la mesa la lámpara, siempre encendida, con que la viuda de Pacheco tributaba el homenaje de su devoción á la Madre de los pecadores.

Todo estaba en su sitio, todo de la misma manera en que se hallaba antes que pasara por allí la muerte ; sólo faltaba la que no pertenecía al mundo de los vivos ; pero andaba por allí su sombra ; parecía que se escuchaba el ruido ahogado y lento de sus pasos ; no se podía mirar á la puerta sin creer que iba á entrar. María de la Paz había hecho del nombre de su madre la autoridad definitiva en todas las cosas ; todo se había de hacer como lo hacía su madre ; todo debía estar lo mismo que cuando su madre vivía ; los labradores preferidos eran aquellos á quienes su madre mostró preferencia. Á Marta se la consideraba como á persona de la familia, porque había sido la criada de su íntima confianza. Había muerto, es verdad ; pero vivía, estaba allí,

se sentía en todo su mano invisible, y se encontraba á la vez en todas partes.

Mas el cariño de la hija no se contentaba con mantener viva la memoria de su madre dentro de los límites de la familia; quería además perpetuarla fuera de la casa, para lo que dobló el valor de las limosnas, de cuyas resultas se aumentó el número de los pobres que diariamente acudían en busca de socorro. Ninguna desgracia llamaba á la puerta que no fuese remediada. Los pobres eran socorridos en nombre de la difunta, de manera que salían de la casa bendiciendo la memoria de la Pacheca, que aun después de muerta tenía manos para ponerles el pan en la boca. Dios había venido á verlos llevándose á mejor vida á la viuda de Pacheco, porque aquella caridad póstuma era el pan nuestro de cada día de todos los que no tenían sobre qué caerse muertos.

Un detalle verdaderamente pueril se había escapado á la solicitud de María de la Paz. Consistía este detalle en la costumbre que tenía la difunta de echar migajas de pan á los pájaros que acudían al balcón espesos como los dedos de las manos. Mas no había caído del todo en saco roto; porque para eso estaba allí Nona: cabalmente era su juego favorito.

Ya he dicho que pasaba la mayor parte del día en el cuarto de la abuela, y allí, sin más

compañía que la de sus risueños pensamientos, alegres mariposas de la primavera de la vida, repasaba la *cartilla*, en la que empezaba á conocer las letras, ó armada de su aguja cosía los vestidos de las muñecas, como mujer hacendosa, á punto largo. Por privilegio especial, sólo concedido á la infancia, cuanto había á su alrededor se animaba, formando ese mundo particular que únicamente cabe en la cabeza de los niños. Hablaba con los muebles, le sonreía al cuadro de la Virgen, le enviaba besos al niño Jesús de la urna, llamándole «pequeño de la casa,» acariciaba á las muñecas, y solía enfadarse con el hilo que se escapaba de la aguja. Álguna vez, repasando la cartilla, decía: «A.... A.... ¿Por qué será A?....»

Después de comer traía su gran miga de pan, la desmenuzaba entre los dedos, y entonces era ella, porque los gorriones se deshacían saltando sobre los hierros del balcón y piando como si gritaran: «á mí,» «á mí,» «á mí.» Las migajas del pan desaparecían en cuanto llegaban al suelo, y saltando tras de ellas llegaban los pájaros más atrevidos hasta picar los pies de Nona; ella se reía con toda su alma, pero se reía en silencio, para no espantarlos. Cuando los más audaces despojaban á los demás de la parte que les correspondía, se enojaba con ellos. Había uno más

pardo que los otros, con el bozo más negro, la cabeza más gorda y el pieco más duro: miraba de soslayo, moviendo á uno y otro lado la cabeza, con la insolencia del camorrista; listo, ágil, impetuoso, era el jaque de la compañía, el matón de la cuadrilla; en una palabra: era el que cobraba el barato. Nona le distinguía entre todos, y lo señalaba con el dedo, diciendo: «Ese es el malo.»

Como vamos viendo por el conjunto de pormenores que se nos va presentando, el recuerdo de la difunta viuda se hacía cada vez más inolvidable: si es posible sobrevivirse, la Pacheca sobrevivía. Mas, aún tributaba otro culto María de la Paz á la memoria de su madre. Ya sabemos que Aurora fué, desde el momento mismo de nacer, el ídolo de su abuela, de modo que la preciosa niña venía á ser como el testamento vivo que contenía la última, la única voluntad de la madre Cruz. Contrariar los gustos de Aurora, torcer sus caprichos, corregir sus inclinaciones, equivalía á mortificar el alma de aquella que estaba ya fuera de las tristezas del mundo.

Y he aquí que María de la Paz añadió á su natural cariño de madre la sagrada herencia del ciego cariño que la abuela profesaba á la nieta: aquel cariño constituía un mandato, y la severidad de la madre se convertía toda en dulzura

cuando se trataba de Aurora, porque detrás de la nieta estaba siempre la sombra protectora de la abuela. Así es que Aurora continuaba siendo el ojo derecho de la casa y el objeto especial de todos los cariños de la familia.

La naturaleza le había concedido una hermosura realmente admirable y atractiva; pero había algo de aridez en su alma, algo de impenetrable en su carácter, algo de sombra que se reflejaba en su semblante iluminado por el pleno resplandor de la belleza. La extremada blancura de su tez aparecía bañada por un fulgor luminoso semejante al brillo de las estrellas en las noches serenas; su boca siempre sería dejaba admirar la pureza de su perfecto dibujo; los ojos contenían miradas insondables. Bien comprendía su madre que era imperiosa, poco indulgente y muy amiga de sus caprichos; pero eso era la niña; la mujer sería otra cosa.—;Se cambia tanto! —;Quién le había de decir á ella cuando cogía manzanas en los huertos y nidos de pájaros en los árboles, que á la vuelta de unos cuantos años había de ser la mujer de su marido, el ama de su casa y la madre de sus hijos! Poco á poco iría trasformándose el carácter de Aurora; su genio díscolo se ablandaría, porque al fin el mundo doma mucho; la vida es una lima sorda que va gastando las inclinaciones y los

resabios. Y Aurora tiene talento, perspicacia, penetración. Ahora no es más que una niña.

De esta manera discurría la madre pensando en la hija y pensando en la abuela, y se prometía ir suavizando insensiblemente aquellos defectos tan propios de los pocos años, y que los años mismos corrigen. Ella habría empleado la severidad maternal propia del caso; pero se trataba de Aurora, de su primera hija, de la que había sido la gloria, el amor y el orgullo de la abuela, y empleaba toda la dulzura de su cariño de madre. Y por ese movimiento natural de los contrastes, conforme los defectos de carácter se iban acentuando en Aurora, María de la Paz iba siendo cada vez más dulce, más condescendiente, más débil. De modo que, para Aurora, la madre Cruz no había muerto.

Esto lo veía la gente de la casa como la cosa más natural del mundo. Solamente Marta movía la cabeza, dando á entender que no se conformaba; sin embargo, comprimía los labios, y su boca era una piedra. Nona pasaba la vida como hemos visto: bien pudiera presumirse que su instinto de niña la hacía traslucir que no se la echaba de menos en ninguna parte, y se ocultaba. En el cuadro de la familia asomaba su faz siempre risueña, desapareciendo detrás de su hermana.

El invierno era crudo, las escarchas se sucedían, blanqueando las desnudas ramas de los árboles, las pendientes de los tejados y los surcos de los sementeros: las cumbres de la sierra de Espuña aparecían nevadas. Bajo la influencia de este frío imprevisto, se desarrolló en la población una verdadera epidemia de constipados; en las calles tosían hasta las esquinas, en las casas hasta las puertas y en las iglesias hasta los Santos. María de la Paz cogió también el suyo, pues había uno para cada vecino, y el médico ordenó un día de cama. Sí; ¡un día de cama! ¡que si quieres!: la buena madre de familia no tiene tiempo para estar constipada. Martín apeló al recurso de ponerse serio, y no hubo más remedio que doblar la cabeza.

La naturaleza de la mujer de Cañizares era fuerte, y por lo mismo dócil: le habían mandado que sudara, y sudaba sin consuelo. El balcón que daba á la calle, la ventana que caía al parador y la puerta, se hallaban cuidadosamente entornadas, cubriendo la habitación de sombras silenciosas; porque cuando hace mucho frío parece que la oscuridad abriga.

María de la Paz no dormía; con la imaginación estaba en todas las cosas de la casa; pensaba en su madre, en su marido, en Aurora, en